

839

MARCELLO CAETANO

# BIENVENIDA EN LOS AZORES

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL PRESIDENTE DEL CONSEJO PORTUGUÉS, DR. MARCELO CAETANO, EN EL BANQUETE OFRECIDO EN HONOR DEL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS, RICHARD NIXON, Y DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA, GEORGES POMPIDOU. ANGRA DO HEROÍSMO, ARCHIPIÉLAGO DE LOS AZORES, 13 DE DICIEMBRE DE 1971.

467





MARCELLO CAETANO



# BIENVENIDA EN LOS AZORES

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL PRESIDENTE DEL CONSEJO PORTUGUÉS, DR. MARCELO CAETANO, EN EL BANQUETE OFRECIDO EN HONOR DEL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS, RICHARD NIXON, Y DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA, GEORGES POMPIDOU. ANGRA DO HEROÍSMO, ARCHIPIÉLAGO DE LOS AZORES, 13 DE DICIEMBRE DE 1971.

SECRETARIA DE ESTADO DA INFORMAÇÃO E TURISMO

1971







Constituye para mí un singular privilegio, saludar la presencia de los jefes de Estado de naciones amigas, en territorio portugués.

En los tiempos actuales, tan llenos de preocupaciones en las que se transparenta la angustia de la gestación de un mundo nuevo, conviene que de vez en cuando los dirigentes de los pueblos busquen una pequeña isla.

Las pequeñas islas están rodeadas de un encanto mítico. Son un refugio, no para olvidar sino para meditar. El hombre necesita tener noción de sus límites para que la acción sea realista y fecunda. Y la isla es, por definición, una tierra limitada por todas las partes ...

Esta es donde nos encontramos, es una de las numerosas islas que descubrieron los portugueses en los siglos XIV y XV, al aventurarse en frágiles naves por desconocidos océanos.

Las islas estaban desiertas. Los navegantes portugueses revelaron su existencia, les pusieron nombre y les dieron humanidad, poblándolas.



Era preciso que tuvieran mucha valentía mis compatriotas de hace cinco siglos. Pero necesitaban tener también bastante imaginación. Porque son innumerables los sitios a los que ellos dieron un nombre — ya en los océanos, ya en los continentes, fuese en América, fuese en Africa, fuese en Asia, fuese en Oceanía, en donde todavía hoy permanece, en tantos casos, la presencia de Portugal.

A veces, el deslumbramiento causado por las bellezas de la tierra descubierta hacía brotar manifestaciones del fondo lírico portugués: y entonces las islas eran llamadas de las Flores, Graciosa. O Formosa.

En otras ocasiones, el sentido positivo del marinero o del geógrafo hacía destacar una característica física del lugar para marcarlo.

Pero cuando no había otro recurso, se apelaba al cielo. Todo el santoral está derramado alrededor da la Tierra, por la devoción lusitana.

Aquí, en el archipiélago que la abundancia de cierta especie de aves hizo llamar «de los Azores», la primera isla descubierta fué devotamente consagrada a Santa María. La segunda, puesta bajo la invocación del Arcángel San Miguel. Hasta que los descubridores llegaron a la Tercera. El tres es un número mágico. Había que señalarlo, pues, especialmente. Y le pusieron el nombre de Jesucristo.

Esta isla fué, en efecto, durante los primeros tiempos de su colonización, llamada de Jesucristo. Y más que cualquier otra tierra está ligada, merced al nombre que tuvo, a la cultura y civilización que ennoblecieron a Europa y bajo cuya sombra crecieron las Américas.



Por otra parte, enclavado entre Europa y el continente americano, el archipiélago de los Azores fué siempre eslabón entre ambos. En los primeros tiempos de la colonización, encontramos como señor de la Isla Tercera a un Corte-Real, también ligado al descubrimiento de Terranova. Y a través de los tiempos, cuando la población sobró en el reducido espacio de las islas y faltó en la vastedad de las Américas, se estableció una corriente continua de emigrantes, que todavía no ha cesado.

En los Estados Unidos, la mayor parte de la comunidad portuguesa está compuesta por azoreanos. Y muchos son naturales de esta isla, en donde desde la última guerra existe una base aérea que no pocos servicios ha prestado a la causa de Occidente y a la seguridad del Atlántico.

Ambos pueblos no pueden dejar de entenderse. Los portugueses son sensibles al prestigio de una nación que, como la americana, construye su grandeza basándose en la fuerza moral de la vida cívica y en la indomable energía de sus hijos. Y admiran en ella el coraje con que lucha por la salvaguardia de la libertad del mundo occidental.

Aquí, en los Azores, se encuentra uno de los baluartes de esa lucha.

Pero si el Señor Presidente de los Estados Unidos tiene motivos para encontrar en este lugar muchas afinidades con su país y para ser recibido con jubilosa amistad, no son menores las razones por las que el Señor Presidente de la República Francesa se puede sentir en tierra amiga.



Para colonizar las islas en el siglo XV, los portugueses hicieron un llamamiento a otros pueblos de Europa. Y vinieron muchos pobladores de territorios que hoy son franceses o tenían entonces con Francia muy íntimas relaciones.

En San Miguel hay un poblado que se llama Bretaña. Y la lengua que en él se habla es todavía hoy característica, en relación al resto de la isla. Flamencos fueron muchos de los que aceptaron participar en la aventura de llenar de vidas humanas estas porciones de lava solidificada. En el paisaje, en las costumbres, en la lengua, quedaron rasgos indelebles dejados por esos hombres que trajeron consigo su propia tradición y los elementos de una cultura que tan fuertemente contribuyó a la riqueza de la cultura de Francia, que ya entonces se constituía en términos modernos.

En Portugal, la influencia cultural de Francia no se compara con la de ningún otro país. No existen explicaciones económicas o políticas que justifiquen ese hecho. La única explicación válida procede de las afinidades del espíritu. El portugués culto admira la literatura, el arte, la manera de ser y de vivir francesas. Y no es sólo admiración lo que siente: es amor. Se entristece cuando ve, con tanta frecuencia, mal conocido a su país y juzgado por defecto de información: pero perdona muchas cosas, justamente por la indulgencia que en el sentimiento lusitano está enraizada a tal amistad.

Afortunadamente son cordialísimas las relaciones entre los dos pueblos, y esa cordialidad se refleja en las relaciones



entre ambos gobiernos. Numerosos portugueses trabajan actualmente en Francia, contribuyendo a la prosperidad económica del país y creando un lazo más entre las dos patrias. Todo ello son motivos para que constituya una razón de júbilo la presencia, en tierras de Portugal, del Presidente de la República Francesa.

El mundo espera mucho del encuentro de Vuestras Excelencias. Tiene razones para eso. Son dos hombres de buena voluntad, que hablan mirándose rectamente. Son dos estadistas experimentados, que sopesan una situación crítica. Son los jefes responsables de dos grandes naciones, que enfrentan valiente, pero con prudencia, las dificultades del presente y los caminos del futuro.

Desearía que para el entendimiento en estas conversaciones y para su feliz término, contribuyese el ambiente del lugar donde se realizan. Por detrás de las borrascosas apariencias del invierno, es propio de esta isla un clima humano de bondad y de comprensión entre las personas. Existe en ella un ardiente deseo de ayudar a los demás, una incontenible aspiración de mejorar la vida, aspiración alimentada por una esperanza tenaz y traducida en trabajo paciente y honesto.

Muy cerca de aquí está el centro de los anticiclones. Nada sé de meteorología; pero esa palabra me da a entender que, si no fuera por los vientos que frenan los torbellinos formados en el sentido del movimiento de rotación terrestre, estaríamos sujetos a catástrofes muy frecuentes. La naturaleza creó el movimiento normal, pero previno asimismo el remedio para sus excesos.



Permítanme, Señores Presidentes, y Señores, que en este instante vaya mi pensamiento a todos los hombres dispersos por el mundo, cuyos destinos se encuentran en las manos de aquellos a quienes cupieron las duras responsabilidades de gobernar. Y que, en la isla de Jesucristo, haga votos para que todavía estemos a tiempo de que la Humanidad escuche las resonancias del mensaje cristiano.

Brindo a la salud del Señor Presidente de los Estados Unidos de América y del Señor Presidente de la República Francesa. Brindo por los pueblos que ambos representan. Y brindo por el buen éxito de las conversaciones hoy iniciadas.







NB



\*EFG0000513111\*

S.N. I